

VII Foro de Industrias Culturales

¿Cultura o barbarie?

Diez propuestas al borde del abismo

jueves, 5 de noviembre de 2015

Museo Nacional Centro de Arte

Contemporáneo Reina Sofía

Madrid

Presentación de Basilio Baltasar,
director de la Fundación Santillana

Este Foro debería comenzar recordando lo que todo el mundo puede comprobar: raras son las veces en las que un candidato habla de cultura.

Y este comienzo debería bastar para diagnosticar la carencia fundamental de nuestro país.

Los partidos que se presentan a las elecciones consideran a la cultura como la menos urgente de sus prioridades.

Nos gustaría saber si esta omisión es la conclusión a la que llegan las encuestas, detectando un difuso desinterés de la población, o si el desdén de los políticos por la cultura responde a su personal desinterés por sus complejidades.

No lo sabemos. Ni tenemos tiempo de averiguarlo.

Lo que nos apremia es la conciencia de un dilema que se impone de un modo rotundo: una sociedad inculta es una sociedad fracasada.

Disfrazar esta sentencia con la tradicional alegría española, camuflarla mediante festejos populares o con el jolgorio de la industria del entretenimiento, será la definitiva contribución al fracaso de nuestra sociedad.

De ahí proviene la acritud de nuestro discurso: o cultura o barbarie.

O la cultura que proporciona discernimiento, conciencia, identidad, virtuosismo, erudición, criterio y buen gusto.

O la desordenada barbarie de los indocumentados que hablan de lo que no saben, los que farfullan, proclaman, dictan e imponen su torpe horizonte intelectual, su tenaz complejo de inferioridad, su petulante y vanidosa ignorancia.

Podemos hacer un inventario apresurado de la barbarie que acarrea la incultura. La estulticia, el ruido, la banalidad, la sumisión, la indolencia, la palabrería, la charlatanería, la celebración del engaño, la sintaxis tartamuda...

No sé si podemos definir de un modo satisfactorio la cultura, pero sí podemos reconocer algunas de las cualidades de un hombre culto: expresarse con soltura, pensar con precisión, manejar una retórica persuasiva, comprender las razones del otro que nos habla, identificar las líneas de fuerza que gobiernan la realidad de un país, la seguridad de saber quién es, la independencia de criterio, la libertad ante la opinión ajena...

Este ciudadano modélico habla de lo que sabe e investiga lo que no sabe todavía.

La complejidad de los problemas contemporáneos es inabordable sin el bagaje cultural que nos exige nuestra época. La incultura que lamentamos es la que nos empuja a un suburbio de indigencia intelectual.

A estas alturas ya nos hemos dado cuenta de que la cultura no es el ornamento del ocio, sino la educación permanente de la ciudadanía. Después de la escuela o de la universidad, el ciudadano debe incrementar día a día sus saberes. Y no hay solvencia posible sin la persistencia del hábito cultural.

Las diez propuestas al borde del abismo que se anuncian como conclusión de este Foro quieren restaurar la influencia de la cultura. Provocar el anhelo de la cultura. Incitar y difundir la curiosidad que nos salvará de la penosa y miserable ignorancia.

El modo en que la sociedad adquiere conciencia de sí misma, desarrolla modos civilizados de convivencia, comprende la información que le concierne, el discernimiento que la consolida como comunidad política, depende de sus hábitos culturales.

El acceso a los productos y servicios culturales contribuye a la formación permanente de la ciudadanía, fomenta su capacidad crítica, cultiva el gusto y elabora un criterio estético. El progreso entendido como bienestar y plenitud, equilibrio y armonía, satisfacción y decoro, es el fruto de la riqueza cultural que toda sociedad moderna debe propiciar.

Tres son las mesas a las que hoy están invitados los 24 ponentes del séptimo Foro de Industrias Culturales:

1. El papel de las políticas y el Estado

La sociedad civil sostiene con su iniciativa la extensa red de industrias culturales, pero su esfuerzo puede agotarse cuando no se da la imprescindible aportación del Estado. Es la misión de la política: reconocer a la cultura como un bien común y crear las estructuras y mecanismos institucionales

que garanticen su desarrollo. La cultura es la mejor inversión que una sociedad puede hacer en sí misma.

2. Decálogo: exigencias y urgencias

Las asociaciones profesionales y empresariales de la industria cultural española conocen con sobrada solvencia los dilemas que afrontan a diario. Durante los años de la crisis, a pesar de su esfuerzo, no han visto reconocidas sus exigencias y reclamaciones. Es lógico esperar de este nuevo ciclo político que las reformas culturales sean atendidas con eficiencia.

3. La reflexión de los intelectuales y la acción de los creadores

La razón del intelectual es la razón de ser del crítico que aborda las complejidades de su tiempo.

El intelectual desvela lo que está velado y hace comprensible lo que parece evidente.

La influencia de los creadores va pareja a la inquisitiva mirada de unos intelectuales que evalúan el estado de la cultura y establecen distinciones entre las obras de arte y los productos elaborados para el consumo y el entretenimiento. Discernir las diferencias entre ambos constituye hoy un ineludible ejercicio de lucidez.

Ojalá esta época de cambios que estamos viviendo suponga también un cambio radical en la concepción de la cultura y ésta se transforme en nuestro más sólido recurso de identidad, conocimiento y felicidad.